

El escultor de la palabra

Elizabeth Cañas Rodríguez



Foto archivo personal Alonso Ríos

“El maestro Arenas Betancourt fue mi biblioteca, su palabra era para nosotros la escuela de arte y los libros que no teníamos en la casa. Cuando departía, tomaba el aguardiente a pequeños sorbos, degustándolo, clavaba la mirada en un espacio vacío y empezaba la disertación con palabras lentas, sin mirarnos al rostro, ¡como si hablara para el solo!”, evoca el maestro Alonso Ríos.

Rodrigo Arenas Betancourt (Fredonia, 1919-Medellín, 1995) plantea a través tanto de sus obras esculturales, grabados y pinturas, como en sus producciones escriturales, un discurso estético y dicente. Sin embargo, la palabra del maestro, la que está plasmada en sus textos autobiográficos está aún para el estudio literario, para la comprensión filológica e, incluso, para el reconocimiento histórico de los contextos.

Sus obras testimoniales más conocidas: *Los pasos del condenado*, divulgada en 1988, en la que plasma sus reflexiones y ocurrencias testimoniales del secuestro del que fue víctima y *Crónicas de la errancia, del amor y de la muerte*, publicada por primera vez en 1962 por el Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura, revelan a un hombre formado en la lectura y al estudioso de las formas de la naturaleza y del cuerpo humano, como también a un autor provisto de una gran capacidad descriptiva y escudriñador de las culturas.

El maestro tenía el don de la palabra y sus escritos encajan con una personalidad arrolladora, según cuenta el artista Alonso Ríos. “Su conversación era amena, llena de detalles, de una acertada dicción y muy constantemente dejaba entrever en sus historias un dejo de amargura e insatisfacción”.

En *Crónicas de la errancia, del amor y de la muerte*, (libro que el maestro quiso inicialmente titular *Mi vida con las putas*), la capacidad descriptiva, los usos hiperbólicos y recursos alegóricos son abundantes:

[...] Es verdad, le dije; yo vengo de la noche borbotante, de la sangre vengativa y caníbal. Vengo de los caliginosos y húmedos estuarios del continente amazónico. Vengo de los nidos de las anacondas y de las nauyacas, de los ríos viscosos y seminales, de los manglares de las garzas rosadas, donde anidan el paludismo y la peste... (Ibíd., p. 58).

Tampoco se escatiman apartes directos y sin tapujos: “[...] Esperanza Olivares Santana, mujer sangrienta y tierna, que me pegaste las primeras purgaciones en aquel astroso hotel de Santa Julia...” (Ibíd., p. 30), y referencias emparentadas con el sexo, así como con la descripción funcional del cuerpo, lo que habla de su estudio como escultor del cuerpo y del hombre mismo:

[...] María Eunice Agudelo Puerta, mujer mancillada, empreñada como la montaña, la aventura ciega de la germinación, del expandirse del espermatozoide entre tu carne, del correr de la leche entre los hontanares de tus pechos, por donde yo viajo —yo viajé—, yo viajaré hacia la luz, hacia el sol, hacia tus ojos... (Ibíd., p. 117).

Crónicas de la errancia, del amor y de la muerte es una obra que recorre descriptivamente, no solo su vivencia sexuada, sino también sus consideraciones existencialistas frente al amor y en la que acopia el conocimiento de la cultura mexicana y de la griega, y en la que, al tiempo, establece su entrañable apego a la tierra natal y el modo como interioriza el ambiente que le rodea.

Estas condiciones de la obra de Arenas Betancourt se expresan también en *Los pasos del condenado*, obra en la que el maestro recoge en ocho apartes, sus sentimientos, frustraciones

y vivencias alrededor de su secuestro, suceso inspirador y el cual el maestro aprovecha para presentar sus sentimientos frente a la naturaleza, ámbito en el que fue prisionero, que ve como lugar alucinado para la vida y la muerte:

Allí, el Proscrito doblegado, encontró por las manos insolentes de los Asaltantes-asesinos, la misma ferocidad de la infancia. Con “ellos” y por “ellos” en el “cambucho”, días enteros de pésima alimentación, el bosque agresivo y repelente; el suelo disuelto en goterones que taldran el techo y tormentas eléctricas que desbaratan el alma con el pavor; la quebrada suena persistente y dolorosa a la distancia, llenándolo todo con su lamento. Nada que sirva al humano de inmediato, ni un fruto, ni un animal de cacería, ni una raíz o tubérculo. El cielo esquivo se ve a retazos entre los claros del bosque... (Arenas Betancourt, R., 1988: 46).

Arenas Betancourt describe su lucha interior con sus creencias y sus preocupaciones por su existencia: “sueño despierto, vivo inmerso en el sueño y en tal sentido, digo que mi mejor y única obra, es mi propia vida” (Ibíd., p. 43). Para el maestro, el arte no es un oficio fácil y, todo lo contrario, reivindica, al menos en este texto, la representación artística desde una “visión trágica y ardiente [...] el arte es un sacrificio sangriento [...] el hombre es el arte y el arte es el hombre”.

El escultor habla en su obra y a través de su trabajo escritural, fija postura sobre la religión de la que descrea cuando compara los problemas sociales, la situación de pobreza y la difícil existencia humana. Estos asuntos son esenciales en su obra y se reflejan, según el maestro y amigo, Alonso Ríos, en el simbolismo de la figura del dios del fuego que era invariable, en una *Gaitana*, endiosada, en el *Cristo prometeo*, que exhibe sus entrañas, y en el sinnúmero de obras y dibujos trazados.

También en los libros referenciados en los que se rebela:



Foto archivo personal Alonso Ríos

Tampoco entiende como él mismo, que no es más que un pobre mal artista, simpatizante de las causas de renovación, justicia social y nuevo humanismo, sea también presa de la fuerza bruta [...] Analiza que por este camino no puede seguir, porque así se hace nugatoria su propia condición humana y se convierte en una bestia apocalíptica que asolará el mundo y barrerá con altura, con la convivencia humana y con los avances que el hombre ha logrado para hermo-sear la vida (p.126)

Precisamente, este último aparte hace más claro el valor escritural de *Los pasos del condenado* obra complementaria y reflexiva de la vida que junto a *Crónicas de la errancia, del amor y de la muerte* develan al maestro en su dimensión del hombre que habla y escribe para pensar la condición humana. “Un hombre nuevo de pensamientos avanzados y de cara al sol, siempre navegando en la búsqueda infinita del conocimiento y de la poesía, con su mente y su pensamiento en alto, más allá de lo terráqueo, de las mezquindades, de los hombres pequeños, con un sueño superior que lo hacía ver diferente entre los hombres y más parecido a un Prometeo siempre rebelde y sabio”, comenta Alonso Ríos.

Una sapiencia que tuvo gracias a su búsqueda referencial de pensadores y escritores de todas las latitudes y condiciones; que giró alrededor de intelectuales anteriores y contemporáneos del maestro. Y que, al mismo tiempo, recogió tanto de los ilustrados europeos, como de la mitología griega y de los imaginarios ancestrales de México; que, por supuesto, es parte de la entraña de sus orígenes familiares y del terruño cercano a Cerro Bravo, donde el maestro se hizo con la palabra y su cincel.

Referencias

- Arenas Betancourt, R. (1962). *Crónicas de la errancia, del amor y de la muerte*, Bogotá, Colcultura.
 _____. (1988). *Los pasos del condenado*, Bogotá, Arango Editores.

Elizabeth Cañas Rodríguez es Comunicadora Social-Periodista y Filóloga. Se desempeña como profesional de comunicación externa de la Dirección de Comunicaciones en la Universidad de Antioquia.